

**bam
bú**

AMÉRICA

Potón el gato no quiere Pato

Paco Climent

texto

Carla Besora

ilustraciones



Potón el gato no quiere pato

A mis amigos Ibai, Marina y Leire

Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, S. A.

© 1989 Paco Climent para el texto
© 2012 Carla Besora para las ilustraciones
© 2012 Editorial Casals, S. A.
Tel.: 902 107 007
editorialbambu.com
bambuamerica.com

Diseño de la colección: Miquel Puig

Primera edición: septiembre de 2016
ISBN: 978-84-8343-422-2
Depósito legal: B-16905-2016
Printed in Spain
Impreso en Índice, S. L.
Fluvià, 81-87 08019 Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (conlicencia.com; 0034 91 702 19 70 / 0034 93 272 04 45).



**POTÓN EL GATO
NO QUIERE PATO**

Paco Climent
texto

Carla Besora
ilustraciones

**bam
bú**
EDITORIAL



Presentación



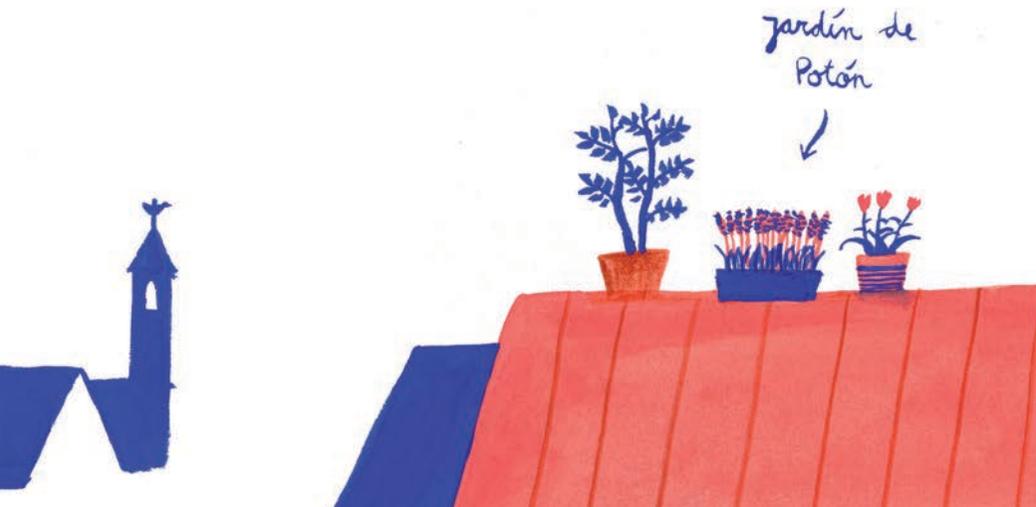
Para comprender esta historia debes conocer bien a su principal personaje: el gato Potón.

Potón es un gato callejero. Es decir, que no vive dentro de una casa y que, por tanto, no tiene amo. Es libre e independiente y está orgulloso de serlo.

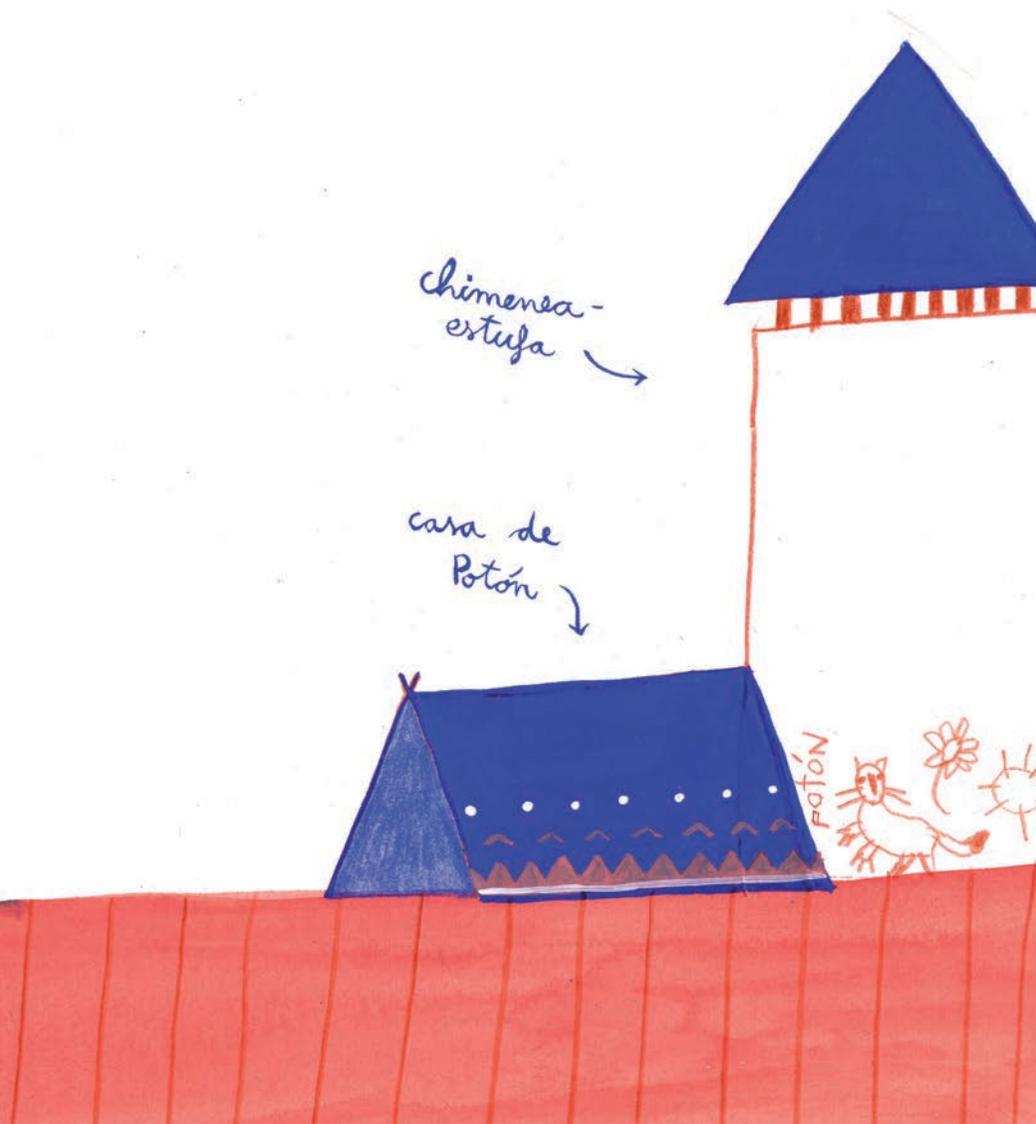
Potón es un gato despreocupado, bastante cascarrabias, simpático cuando quiere y poco amigo de los demás gatos y animales, que ven en él a una especie de rey de los tejados, al que temen más que quieren.

A propósito de tejados, ¿te apetece conocer su casa?

Como ves, aprovecha la pared de una chimenea para tener calorcito en invierno. Su casa está decorada con carteles y fotografías de gatos famosos de los que sabe todas sus películas y aventuras.



En fin, ahora que ya conoces a Potón, vamos a empezar de una vez con esta historia.





1. Una siesta complicada

Un día, rebuscando por la basura, nuestro amigo Potón tuvo la suerte de encontrar unas sobras exquisitas con las que se dio la gran comilona. Este fue el banquete de Potón:

Primer plato: Papas cocinadas con hueso relleno (hubo suerte de que nadie lo vaciara).

Segundo plato: Maravillosas espinas de merluza.

Tercer plato: ensalada de mondas de frutas variadas.

Cuarto plato: Cinco granitos de café para chupar a modo de ricos dulces.

Después de tan succulenta comida, Potón sintió unas enormes ganas de dormir. Además, necesitaba un trago de agua para ahogar los calores que lanzaba su repleto estómago.



Así que, pesadamente, se encaminó hacia la laguna que está a las afueras del pueblo. Es un lugar de aguas poco profundas y con una gran variedad de flores y matas, donde viven muy a gusto familias de patos de todos los colores.

Potón estuvo cuatro minutos bebiendo de aquellas aguas y luego se acostó a dormir a la sombra de unos arbustos.



Se acomodó, se hizo un ovillo como solo los gatos saben hacerlo, y, tapándose los ojos con el rabo para que no le entrara el más pequeño rayo de sol, se dispuso a dormir la gran siesta.

Nadie se atrevió a molestarlo mientras dormía, pues has de saber que cuando Potón ronca parece un tigre y... ¡quién es el valiente que despierta a un tigre!

Lo que no te conté es que, sin darse cuenta, Potón se había acostado encima de un huevo de pato.

El habitante del huevo, al oír tan grandes ronquidos, pensó que era la señal de la mamá pata para romper la cáscara y salir afuera.

El caso es que, como además de los ronquidos, le llegaba un calorcito que creía era de mamá pata (y que en realidad era del dormido

Potón), no lo dudó más, y con el pico comenzó el primer trabajo en la vida de un pato: ¡La operación CASCACÁSCARA!

Mientras tanto, Potón seguía en el mejor de los sueños, sin enterarse de la maravilla que había ocurrido a su lado: nada más y nada menos que el nacimiento de un nuevo ser.

Y atención que ahora viene el meollo, el nudo, el embrollo, el alma, el intrínquilis, el enredo, en fin, de este cuento. No te vayas a meter el dedo en la nariz y te distraigas.

El caso es (y esto lo demostraron los sabios) que cuando un pato sale del huevo toma como mamá al primer ser u objeto que perciben sus aún torpes sentidos. Bueno, pues el patito pensó que aquel ser peludo y ruidoso que se encontraba a su lado era su mamá, y se dispuso a saludarlo como debe hacer todo hijo bien educado.

Sigamos. En uno de esos saltitos el recién nacido dio en los bigotes supersensibles de Potón, que abrió un ojo para enterarse de quién lo había molestado.

El patito dedicó a Potón la mejor de sus sonrisas; pero, al gato, aquel pico rojo sonriente no le hizo ninguna gracia y lo apartó de su lado. El patito, por su parte, creyó que se trataba de una especie de caricia de la que pensaba que era su mamá, y continuó alegremente con sus cabriolas.

Molesto de verdad, Potón se lo quitó de encima con un nuevo empujón.

Y ahora llegó el momento de decirte una cosa que no te va a gustar escucharla, pero siempre se deben decir las verdades, aunque duelan:

16

Si Potón no hubiera estado tan harto, debido al banquete, hubiera cazado al patito.

Lo que oyes.

No sé si sabes que los gatos, aparte de ese plato de leche que sale en todas las fotos con gato, comen de todo y son especialistas en la caza de ratones y pájaros. Y Potón, que es un gato como los demás, normalmente no hubiera despreciado tan fácil presa. Pero estaba harto, no quería ni oír hablar de comida, y eso salvó la vida al recién nacido.

En vista de que el patito quería jugar con él, Potón decidió seguir la siesta en otro lugar. Pero no le iba a ser fácil.



Pesadamente, debido a su tripa llena, Potón se alejó del lago.

El patito, que por momentos ganaba fuerza en sus patas, se fue detrás.

–Bicho, ¡déjame en paz! –le gritó Potón.

El patito le sonrió y le lanzó su primer y más amoroso cuá-cuá.

Desesperado, el gato apresuró el paso y se metió por entre las primeras casas del pueblo. Pensaba:

–Por estas calles no podrá encontrarme...

Potón se enfadó muchísimo, y la verdad es que estuvo a punto de cazarlo. Pero lo vio tan flaco y lleno de plumas, feas y pringosas, que no se lo imaginó como bocado. Y escapó de nuevo mientras murmuraba:

–En el bosque seguro que no me encontrará. Me subiré a un árbol y lo despistaré. Je, je...

Je, je era la risa que le daba a Potón al pensar que, por fin, burlaría al «pesado» patito.

Se fue al bosque.

Y el patito detrás.

El gato, ágil a pesar de la comilona, se escondió en la copa de un árbol en lo más espeso del bosque.





El patito, que ya empezaba a saber usar las alas, pensó que su mamá era muy divertida y que le encantaba jugar las escondidas; y se puso a buscarlo otra vez.



Y sin dejar de piar de contento, el pato voló de abeto en abeto, de castaño en castaño y, cuando empezaba a preocuparse por no hallar a Potón, le llamó la atención algo que colgaba de la copa de un roble.

Nuestro amigo el pato no dudó un momento. Planeó y planeó hasta el árbol, y, tras un corto vuelo, se posó en la rama que sostenía al gato, que con las prisas se había olvidado de esconder su cola.

Potón, cansado, desesperado, fastidiado, aburrido, asfixiado, rendido, derrotado y muchas cosas más, decidió irse a su casa y si el «bicho» quería seguirlo, pues que lo siguiera.

¡Qué se le iba a hacer!

Se encaminó hacia su tejado, y trepó al refugio. Una vez en su cuarto se acostó en el almohadón a descansar. Se quedó mirando la



ventana. ¿Sería capaz aquel maldito pato de llegar hasta allí?

Pasó un minuto y no apareció. Dos minutos. Cuatro. Cuatro y medio.

¡Zas! Una sudorosa y sonriente cabecita terminada en un pico rojo quedó enmarcada en la ventana.

—¡Me rindo! —gritó Potón, tirándose con desesperación de las orejas.

Y se levantó para indicarle al patito cuál sería su sitio de comer y dormir.

Como el único alimento que tenía en casa era el consabido plato de leche, se lo ofreció a su «invitado» con un gesto.

Y mientras el patito bebía, se le ocurrió lo siguiente:

–Quizá no fue tan malo este encuentro. El invierno se acerca y escasea el alimento. Puedo tener a este bicho en casa durante unas semanas, cebarlo para que se ponga gordito y entonces, pues, ¡zas!



Interrumpo aquí el cuento para salir en defensa de Potón. Seguro que cuando te enteraste de sus planes respecto al patito habrás pensado:

–¡Qué malvado es este Potón!

Pues no, señor o señora. Quizá sea el momento de recordarte que los gatos están en este mundo para comer, dormir, jugar y ser papás de otros gatos que se dediquen, así mismo, a comer, dormir y jugar. Y esto, por los siglos de los siglos, es el papel que la naturaleza ha reservado a los gatos.

Por tanto, Potón, que es gato y además callejero (es decir, que nadie se cuida de alimentarlo), no tiene más remedio que pensar en la comida de cada día. Además, ¿no hacemos lo mismo los humanos con nuestros animales de granja?

Así que sus planes hacia el patito, no hay que calificarlos como malvados. Son, como mucho, unos planes gatunos. Pero no nos desistemos del cuento con estas cosas.





Potón, más tranquilo, puesto que ya sabía qué hacer con aquel inoportuno visitante, pensó que tendría que llamarlo por algún nombre. Estuvo un rato mirándolo fijamente, observando sus más mínimos detalles.

—Lo más personal es tu pico. ¿Pico Rojo? Es un precioso nombre. Pero no te va nada. Todo el mundo pensaría en un gran jefe indio, y tú en realidad eres un bicho enano. ¿Enano? Bien, creo que ya tengo tu nombre. Te llamarás Nano. Es un nombre precioso y elegante, ¿no te parece, Nano?

Y por primera vez en lo que va de cuento, nuestro amigo Potón sonrió al patito.

Y este, feliz al ver que por fin su «mamá» reía, quiso hacer una gracia, y como había oído que Potón decía «miau» a todas horas, intentó imitarlo con su lengua de bebé pato:

–Cuau, cuau, cuau...

A Potón le cayó bien, y los dos rieron a grandes carcajadas, que salieron volando por encima de los tejados hasta llegar a oídos de los habitantes de las alturas. Y todos los animales comentaron:



-Qué raro. Potón está contento.
Hacia años que no se reía...

